



Trabajos literarios realizados en el

Taller literario de la Embajada Argentina en Francia
dirigido por **ALICIA DUJOVNE ORTIZ**

EL MENSAJE DE LA PÁGINA EN BLANCO
por **CRISTINA PAILOS**

El mensaje de la página en blanco

Ya no tengo, por suerte, el pánico de la página en blanco. No es una fanfarronada porque no se trata de ausencia de fantasmas sino que todos ellos fueron reemplazados por otro de naturaleza excepcional. Su mensaje cambió mi actitud hacia mis escritos. Creo que aprendí a reírme de ese lapso en que las palabras no aparecen. No dudo de que en mí hay levadura. Conseguí calma y sigo el ejemplo de mi madre cuando hacía su famoso Pan Dulce para las fiestas: “Tiene levadura, así que va a leudar. Hay que dejarlo al calor y mañana vas a ver lo alto que está”. Cubría el bollito con un lienzo y una manta, apagaba la luz de la cocina y se iba a dormir. Al día siguiente, el pancito había adquirido una altura sorprendente que rebalsaba del molde alto especial para conseguir el efecto casi arquitectónico.

Aquel recuerdo y luego la visita mágica me ayudaron a esperar y a regocijarme con las ideas borrosas que desaparecen mientras otras las reemplazan, casi a los codazos o sencillamente se disfrazan como en un carnaval veneciano. Máscaras intrigantes salen a mi encuentro al azar: en un puente, en alguna callejuela, al doblar una esquina. Algunas, con bastante “mala leche” porque se ríen, me guiñan un ojo o se codean entre sí para sumarse al espectáculo que parece provocarles mi atascamiento. La aparición y desaparición de esas siluetas es constante. Algunos contornos apenas esfumados se esconden enseguida. Estoy segura, eso sí, de que hay algo en mi subterráneo que no encuentra la salida. No deja de ser divertido haber reemplazado el tiempo muerto y odioso de la página en blanco por este desfile grotesco de intenciones.

La visita extraña que en un momento me aterró fue decisiva para saltar del dolor a la diversión. No fue un cambio espontáneo.

Se dio en el marco de una gran crisis de creatividad. Creí presentir que mi sensibilidad se estaba secando. Quizás mi incapacidad para escribir formaba parte de un desequilibrio mayor. Hasta compré unas semillas “milagrosas” que me recetó la dueña de una dietética perfumada por sahumeros. Apelé a todo tipo de recursos. Fui a un taller de sensibilización para el arte y hasta llegué a convencerme de que si no tenía ganas de escribir, o no tenía más nada que decir, no tenía por qué hacerlo. Si no escribiera más, no pasaría nada.

Poco duraba la resignación porque de manera lejana, casi en sordina, volvía a escuchar mi voz, aunque lejana. Pero eran ganas de decir entrampadas como peces en las redes de los pescadores, o como el personaje del cuento de Max Aub a quien, según parece, lo estrangulaban las palabras atascadas en la garganta.

Aquel atardecer de otoño, la niebla apenas permitía adivinar alguna silueta en movimiento o formas extrañas que adquieren las ramas de los árboles en la oscuridad. La calle estaba desierta. Saqué el auto y tomé el camino de la costa hacia el sur. A mi izquierda, el mar durante todo el trayecto rompía mi soledad con sus rugidos. Se había borrado la línea del horizonte: cielo y mar eran una sola pantalla gris que en poco tiempo, se volvió negrura total. La luna estaría por comenzar su nuevo ciclo porque no aparecía. Adivinaba las olas altas y temerarias, seguidas por la caída pesada y los latigazos espumosos en la roca. Aunque no se lo veía, el mar me acompañaba con su música abismal.

Yo me dirigía a la casita junto al mar a la que acudía cuando quería aislarme. Fantaseaba con que allí podría escribir. Llevaba la tablet, unos cuantos CDs, naranjas y una botella de Uzo griego.

Medité. Traté de descubrir qué elementos, qué situaciones, qué personas me estaban robando la libertad o cuál era la razón de mis miedos. Sabía que sin la sensación de libertad y hasta de locura no hay creación y creía estar perdiéndolas.

La casita estaba en una loma que descendía hacia la playa desde el margen derecho del camino costero. A unos pocos pasos delante de la casa, la loma se volvía una hondonada que descendía lentamente en una playa angosta. No se veía nada. Me quedé un instante en la ventana sintiendo la inmensidad rugiente. El viento me acercaba bocanadas de aliento húmedo y salado y la arena me propinaba ásperos golpes que me obligaban a cerrar los ojos y la boca.

Puse música y escuché un buen rato mientras bebía el Uzo con jugo de naranjas.

Nunca sabré si fue la bebida o esa fuerza salada, fuerte y oscura que entraba por la ventana, pero me encontré en un estado de trance paranormal. No se podría entender de otra manera. Aunque a quienes me conocen les cuesta relacionarme con situaciones de esa naturaleza, fue así como ocurrió. Pasó mucho tiempo y aún hoy me niego a creer que aquella situación haya existido. Será siempre un interrogante.

Evocaba cuentos y algunas reflexiones de escritores sobre la inspiración o el arte de narrar. Elegí uno de los CDs y lo dejé para que se repitiera hasta el infinito: canciones de Marlene Dietrich entre las que estaba, por supuesto, Lily Marlene.

Jirones de mis fantasías quedaron enredados en el farol donde esperaba Lily junto al cuartel. Me sentía en un cafetín de Berlín entre los años veinte y treinta.

En un momento, el CD se volvió apenas audible y la luz empezó a titilar. “Eso me faltaba. Un corte de luz”, pensé. Pero seguí cada vez más angustiada reclamando ayuda a mis escritores preferidos. Sólo la voz ronca de Marlene y los tragos de Uzo puro, desistí del jugo de naranjas.

Empecé a sentir frío, mucho frío, también miedo. Tuve la sensación de que alguien me observaba. Ahora temblaba de frío y de temor.

Se escuchaba un áspero murmullo que no sabía de dónde venía. Cerré los ojos. En la medida en que el murmullo parecía acercarse, pude distinguir una voz grave que se mantenía en el aire con su propio eco. Su pronunciación era rara. Era difícil entenderle.

-Me llamo Hans Leip. Fui alemán y lo sigo siendo aunque esté muerto. La identidad se mantiene más allá de la vida.

Vos invocaste a grandes escritores pero ya viste la importancia que te dieron. Algunos están hartos de que los molesten con tus mismos delirios; otros, con la mente de sus tiempos, no creen en el talento de las mujeres. Quizás, otros pensaron que vos además de histérica, estás borracha y “si nos está pidiendo ayuda es porque no encontró entre los vivos alguien que se pueda interesar por ella y por lo que hace. Pero yo sí vine, yo de nombre desconocido olvidable y olvidado. Un sencillo escritor de canciones para los cabarets de Berlín en las décadas del 20 y del 30. Entre ellas una canción que se tradujo y se cantó en más de treinta idiomas. Siempre parece estar viva porque cada tanto algún otro artista decide volver a grabarla, o utilizarla una vez más en películas ambientadas en la guerra. Tu la conoces bien porque la has estado escuchando hasta hace un instante. Yo escribí Lily Marlene”.

No podía creer. “Debo estar muy borracha o dormida y este es un sueño, pensé “. Nunca creí en las sesiones de espiritismo y menos en esta de fabricación casera y amateur. Siempre me reí de las visitas paranormales aunque admito que Lovecraft, Bierce y muchos otros consiguen aterrorizarme.

Hans seguía con su voz monocorde: La cantante que consiguió emocionar a todos los frentes de guerra en su momento era tan sólo una cantante de cabaret de aquellos años: Lale Andersen y la canción en cuestión era una de las tantas que yo escribía para Lale. Trabajábamos por necesidad. Schultze, el músico, era partidario del régimen nazi o quizás un trepador que hubiera sido partidario también de cualquier otro régimen. Lo cierto es que esa canción simple y sin pretensiones se convirtió en universal y testimonio de una época en el mundo entero. Nunca soñamos en tanta repercusión. En el fondo nos considerábamos un poco mediocres.

Espero que hayas entendido que mientras sigas pretenciosa y convencida de que el mundo está esperando tu gran obra, no te va a salir nada que valga la pena. La cancioncita triunfó, más allá de que a algunos pueda no gustarle, pero es innegable que transmite sentimientos y sentido de la oportunidad sin ser oportunista.. Hoy, desde el momento en que saliste de tu casa para llegar acá tuviste infinidad de situaciones para transformarlas en reflexiones muy ricas y sensuales pero tenías demasiado con tu soledad, tu histeria y tus ambiciones. Las dejaste pasar, no las viste.

. Ni siquiera notaste la luna llena que abría, desde el horizonte imperceptible, un camino plateado que se ensanchaba hasta parecer un camino bíblico en el mar por el que se podía caminar. Todavía estás viva: mira al mundo, escúchalo, no lo desaproveches. Ya sé que el ejemplo de mi cancioncita no sirve del todo a tu estilo, tus inquietudes, tu mundo pero trata de sentirte libre. Hoy la mayoría quiere

impresionar por técnicas y recursos antes que por la necesidad ancestral de contar o tan sólo presentar otras formas de estar en el mundo: una utopía, un sueño y no importa si se puede hacer realidad hoy mañana o nunca. Si así resultare sería cuestión de cambiar de utopía pero no dejar de soñar. Hubiera querido agradecerle su visita, hacerle algunas preguntas, pero desapareció. Su magia se metió en mi interior y se encontró con la levadura que ayuda a que el Pan Dulce alcance su forma y su textura.

© CRISTINA PAILOS
cristinapailos26@gmail.com